

Jorge Vicente ARREGUI, *El horror de morir. El valor de la muerte en la vida humana*, ed. Tibidabo, Barcelona 1992, 405 pp., 16 x 23,5.

La meditación sobre la muerte ha sido siempre piedra de toque de la filosofía; ella es, sobre todo, cuestión clave de toda antropología. Este libro del prof. Jorge Vicente, publicado a continuación de su filosofía del hombre (cfr J. Vicente y J. Choza, *Filosofía del hombre. Una antropología de la intimidad*, Madrid 1991) en el que ya se dedicaba un sustancioso capítulo a diversos aspectos de la muerte humana, se inserta en esta gran tradición filosófica y antropológica. En efecto, el Autor es bien consciente de que «toda reflexión sobre la vida que oculte la muerte futura es trivial, porque nuestra existencia es realmente mortal. Vivir de espaldas a la muerte es vivir en el engaño; puesto que no se trata sólo de que vayamos a morir en el futuro, es que somos mortales ya» (pp. 10-11).

El prof. Vicente Arregui coloca gráficamente el contenido de su estudio bajo el título «el horror de la muerte», quizás queriendo decir con ello que a lo largo de estas páginas se va a poner de relieve lo que la muerte tiene de sin-sentido, de horror, de misterio tremendo que provoca vértigo. Nos encontramos así con un libro que supera una etapa anterior en la que muchos pensadores han intentado «escamotear» la muerte erradicándola de nuestro campo visual, o, al menos, presentarla desprovista de su aguijón al omitir la consideración de aquellos aspectos de la muerte que son directamente contrarios a los íntimos deseos de inmortalidad que alberga el corazón humano. En este aspecto, el libro de Jorge Vicente Arregui se nos aparece como de una gran actualidad, como perteneciente a una etapa cultural nueva, en la que se pretende mirar a la muerte de frente, sin eludir los graves interrogantes que plantea.

El haber elegido como clave para acercarse a la muerte la faceta de «horror» que le es inseparable, permite al Autor plantearse a fondo esas preguntas que a algunos pueden parecer nuevas y que, sin embargo, son perennes: «La cuestión clave no es sólo que la muerte horroriza; el asunto capital es por qué nos horroriza la muerte. ¿Qué hay en el ser humano que choca tan frontalmente con la realidad de la muerte? Si la muerte es ley de vida, si es perfectamente *natural*, ¿por qué horroriza? (...) Cuanto más se piensa en ella, más patente se hace que nunca deberíamos morir, que hay algo en la muerte que contradice radicalmente nuestra más profunda naturaleza. Por eso, el horror ante la muerte hace patente el enigma que somos ante nosotros mismos» (pp. 11-12).

Ese fue el gran descubrimiento de San Agustín ante la muerte del amigo: el del enigma humano. Como observó Gabriel Marcel, enamorarse significa decirle a alguien: «tú no debieras morir nunca». En efecto, el descubrimiento de la singularidad irrepitable y valiosa de una persona conlleva la clara conciencia de que ese ser no debiera ser «destruido» por la muerte. Cada generación se plantea a fondo esta grave cuestión, si no rechaza el miedo a investigar la verdad. El Concilio Vaticano II diagnosticó el horror que el hombre siente ante la muerte como una muestra de la especial disonancia con respecto a la naturaleza completa del hombre que la muerte lleva consigo: el hombre «juzga con instinto certero cuando se resiste a aceptar la perspectiva de la ruina total y del adiós definitivo. La semilla de eternidad que en sí lleva, por ser irreductible a la sola materia, se levanta contra la muerte» (*Gaudium et spes*, n. 18).

Y esta es la cuestión que se plantea primordialmente el profesor Jorge Vicente, que intenta contestar desde el punto de vista filosófico, y que da unidad a todo el libro: qué nos está diciendo el horror de la muerte sobre la misma naturaleza de la muerte. Comienza el estudio con un oportuno capítulo en el que se responde a una pregunta actual e importante: «¿No es morboso pensar en la muerte?» (pp. 15-69). Es oportuno el planteamiento y respuesta de esta cuestión, porque en el «escamoteo» de la reflexión en torno a la muerte subyace con frecuencia el error de creer que el pensamiento de la muerte es un pensamiento paralizante. Se trata de un malentendido. Como hace notar el A., «pensar en la muerte no tiene por qué suponer ningún lastre para la vida (...) más bien, por el contrario, le confiere un apasionante dramatismo: sólo se vive una vez. Darse cuenta de que el tiempo a nuestra disposición es limitado no debe llevar a reflexiones pesimistas sobre la vacuidad de la vida; más bien tendría que conducir a un esfuerzo constante por colmarla de sentido, por aprovecharla máximamente (...) Por ello, reflexionar en la propia muerte es saludable y no mortífero. Lo verdaderamente letal es el intento de ocultarla» (pp. 12-13).

El capítulo segundo responde a la siguiente pregunta: «¿Biología o biografía?». La cuestión es de suma importancia y en su respuesta se revela la antropología subyacente. En efecto, quien no llega a captar la irrepitable y en cierto modo infinita dignidad de la persona humana se acercará peligrosamente a considerar la muerte como un simple problema biológico, en definitiva, como una cuestión química. Y no es que la muerte del hombre no sea un suceso biológico, sino que además es el final de una biografía. «La descripción del deceso humano en términos exclusivamente biológicos —se dice en la página 87—, resulta de todo punto insuficiente y es preciso considerarlo también desde la perspectiva biográfica, que es la específica-

mente humana». En este capítulo, el Autor lucha con el lenguaje por encontrar formulaciones que, sin menoscabo de la rica variedad constitutiva del ser humano, permitan poner de relieve su íntima unidad. En este sentido, este capítulo muestra un esfuerzo personal, convergente con el de muchos otros autores contemporáneos, por librar las consideraciones sobre la muerte humana del dualismo cartesiano.

El título del capítulo tercero es verdaderamente elocuente: «¿Qué puedo hacer con mi muerte? Fundamentos y límites de una poética del morir». A lo largo de todo el libro, el A. muestra un gran conocimiento de la literatura, especialmente de la contemporánea. Este conocimiento le facilita el acceso a un riquísimo campo de pensamiento, intuiciones y experiencias. Su manejo resulta especialmente oportuno en este capítulo, donde se analizan con cierto detenimiento autores como Hölderlin y Rainer María Rilke, o corrientes de pensamiento como la tradición luterana o la fenomenología existencial. En este aspecto, son especialmente sugerentes las páginas en que se contesta a la cuestión: «¿Es la muerte buena y natural?» (pp. 206-223). Conviene subrayar aquí que el Autor, que conoce perfectamente las virtualidades y las coordenadas propias del quehacer filosófico, sin abandonar el campo que le es propio, se muestra abierto a tomar en consideración todo hecho y todo pensamiento en torno a la muerte en el que se revele alguna dimensión humana, también el pensamiento situado en el ámbito de las religiones.

El capítulo cuarto está dedicado a un tema sobre el que el profesor Jorge Vicente viene reflexionado desde hace tiempo: las relaciones entre sexualidad y muerte. «Precisamente —concluye el Autor—, cuando se piensa en la inmortalidad del amor, la muerte resulta más misteriosa que nunca y muestra su faz más repugnante. Vista desde la inmortalidad del amor, la muerte muestra todo su aguijón y contradice más que nunca la naturaleza humana. La sexualidad en cuanto que modo de la reproducción engloba la muerte de los individuos en la vida de la especie, pero en cuanto que el amor humano es una afirmación radical de una particularidad remite a la inmortalidad» (p. 307). Los pensamientos del profesor Jorge Vicente, precisamente por valorar oportunamente la singularidad metafísica del amor aparecen en claro contraste con la conocida posición de Feuerbach que reduce el horror a la muerte a mero instinto de conservación, sin advertir en él ninguna dimensión metafísica.

El capítulo quinto se abre con una pregunta —«¿por qué enterramos a los muertos?»—, y está dedicado al análisis de los conceptos de inmortalidad, reencarnación y resurrección. El Autor aborda estas cuestiones apoyado en el hecho de que existe «una triple constante en la relación del hom-

bre con la muerte: la capacidad de anticipar la muerte futura, el horror o la conmoción profunda ante la desaparición de la propia individualidad, y la creencia en la inmortalidad» (p. 319). Las tres cuestiones a que nos estamos refiriendo son tratadas aquí con honestidad desde la ladera filosófica. Desde aquí se analizan en su vertiente de pensamiento humano, se valora la coincidencia de los hombres de todos los tiempos —prácticamente universal— los puntos fundamentales como la creencia en la inmortalidad, y se oye con respeto lo que dicen hombres pertenecientes a ámbitos de saberes diversos, mostrando la coherencia existente en su pensamiento.

Todo esto da como resultado que este libro del profesor Jorge Vicente resulte verdaderamente interesante. En efecto, se abordan en el cuestiones capitales en torno a la muerte sin prejuicios, con sinceridad y con mente abierta a todos los ámbitos del saber, también al ámbito teológico.

Lucas F. MATEO-SECO

Reseñas

